

VIGENCIA DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA PATERNA EN LAS NUEVAS COYUNTURAS FAMILIARES

Elina Wechsler*

Los retos que plantea el abrupto cambio en las nuevas constelaciones familiares llaman a que los psicoanalistas estemos a la altura de los cambios, el malestar y los nuevos síntomas de nuestra época sin abandonar los cimientos de la teoría freudiana.

Hasta ayer, vivíamos en una civilización en que la representación de la feminidad era absorbida por la maternidad, en que la función del padre era clara y tajante. Nada de eso ocurre ya y el desconcierto tiene profundos efectos en las familias. Estos cambios en la coyuntura contemporánea plantean cuestiones inéditas alrededor de las preguntas: ¿Qué es ser una madre? ¿Qué es ser un padre? Si bien las respuestas subjetivas nunca estuvieron dadas de antemano, hoy se vuelven más complejas por la caída estrepitosa del imaginario en torno a la identidad sexual que aseguraba ciertos rasgos de identificación que se transmitían de padres a hijos, de generación en generación.

Sólo mencionar una tipología de pareja muy actual: maridos angustiados frente a sus mujeres resueltas de hoy, que redundan en la pasividad a la espera de que sean ellas las que tomen la iniciativa, situación sostenida por un fantasma inconsciente homosexual masculino que se patentiza en padres feminizados.

De hecho, en la clínica actual encontramos con cierta frecuencia esos nuevos posicionamientos parentales: hombres que hacen de madres de sus hijos mientras ellas ocupan lugares antes netamente masculinos: intensa responsabilidad profesional con cierta o total dejación materna en sus maridos. Muchas mujeres han dejado de posicionarse como "mujeres- objeto" a buscar "hombres- objeto", amantes transitorios, más allá de la relación conyugal, en plena identificación con ese rasgo viril de las generaciones anteriores que Freud puntualizó en su época (1908).

Y si vamos a las nuevas coyunturas familiares, ya se escucha un nuevo significante: la parentalidad, que sustituye a las nociones tradicionales de maternidad y paternidad por la existencia de parejas homosexuales de ambos sexos que crían hijos,

* wechsler@telefonica.net

por mujeres inseminadas por donantes anónimos u homosexuales que contratan vientres de alquiler al decidirse por la monoparentalidad.

Aunque las familias tradicionales siguen siendo mayoría, se extiende en esta nueva coyuntura el borramiento de las diferencias sexuales y por ende, de funciones. En lugar de la diferencia entre cuidado maternal y ley paterna, clásica hasta el siglo XX, se impone la equivalencia y el intercambio de roles.

Jurídicamente, los niños podrán tomar en algunos países europeos el apellido del padre o de la madre, con lo cual todo es sistema de transmisión del parentesco basado en el apellido paterno se verá modificado.

Aunque para el psicoanálisis nunca hay reproducción real, puesto que se anuda con lo simbólico y lo imaginario, los nuevos destinos de la filiación acarrearán nuevos efectos.

Aunque haya niños criados por dos hombres o dos mujeres, otros implantados de óvulos o espermias anónimos, o contratación de vientres de alquiler, contarán con el recurso de lo simbólico, y, eso sí, la fantasía sobre la escena primaria será, seguramente, una creación singular de cada uno. ¿Qué novedades inventarán los niños sobre las clásicas teorías sexuales infantiles tan bien descritas por Freud?

Con la parentalidad el orden familiar se ha trastocado. La extensión de concepto de parentesco se sitúa fuera de la diferencia de los sexos, de la diferencia hombre-mujer, de la diferencia padre-madre, que se verifica en las parejas homosexuales, recompuestas o monoparentales.

Las familias tradicionales han producido neuróticos, psicóticos, perversos. ¿Acaso el deseo ilimitado de una madre casada tradicionalmente no ha producido siempre estragos? Sabemos ya que el padre real no garantiza su función simbólica. Es de suponer que el inconsciente de estos nuevos sujetos se las arregle para inscribir de algún modo al tercero y a la diferencia sexual.

Las funciones mínimas que hacen advenir a un sujeto remiten siempre al Deseo del Otro, que Lacan conceptualizó como Deseo de la madre y a la Ley de prohibición del incesto freudiana que conceptualizó como Nombre del Padre, y más tarde como Los nombres del Padre. El niño depende del Deseo del Otro para la constitución de su propio deseo, otro que suele ser - aunque no siempre - la madre en la familia tradicional.

Debemos desprendernos de la ideología familiarista tradicional y considerar que ese deseo libidinizador sobre el niño pueda ser ejercido de otra manera.

La fragmentación del Nombre del Padre tampoco lo es sin consecuencias, pero intentaré despejar como, a pesar de ella, su vigencia simbólica seguirá inscribiéndose en el psiquismo. Con Freud, desde la cuestión de la transmisión de la castración. Con Lacan, desde la diferenciación entre el operador estructural de padre simbólico y la contingencia de las condiciones históricas en las que opera.

NUEVAS FORMAS DE MATERNIDAD

La maternidad no resuelve la pregunta por la femineidad. Una mujer que concibe no se siente por ello más mujer. Por el contrario, la clínica psicoanalítica nos muestra que, en una gran cantidad de casos, la mujer que se ha vuelto madre suele sentirse menos mujer que antes. Y que, incluso, quiere ser madre sin tener pareja, situación cada vez más frecuente.

La orientación de la mujer hacia el hombre se presentó siempre problemática, vacilante, precaria. Freud, que no era ajeno a esta circunstancia, marcó el enigma con la pregunta "¿Qué quiere la mujer?". Parece haber resuelto el tema de la castración femenina por la vertiente fálica. Tener hijos, en lugar del falo anhelado. Incluso llega a afirmar que para que un matrimonio funcione, el hombre tiene que terminar por ubicarse como hijo de su mujer.

En efecto, la mujer puede tomar el camino privilegiado de la maternidad, a la que puede consagrar un pleno amor objetal sin renunciar al narcisismo, y que en su versión más patológica implicará al hijo como fetiche. El niño es situado aquí como objeto de la madre en la medida que vela su castración, convirtiéndose en su único deseo. Hijos psicóticos y perversos dan cuenta de esta fijación; aunque en las familias tradicionales haya habido padre real éste pudo haber hecho dejación de su función de corte.

Por otra parte, madres solteras y viudas han criado desde siempre hijos sin padre real. Una mujer que queda embarazada de un semen anónimo no tiene por qué ser por eso causante de ninguna patología especial.

Las mujeres pueden obturar la inquietante pregunta sobre la feminidad a través del rodeo de la maternidad: ser mujer será, entonces, ser madre. Estén solas o acompañadas, sean hetero u homosexuales.

La alienación del deseo en un objeto, esencia de la pasión, puede tomar la forma de la pasión por la maternidad. La realización materna no parece defender necesariamente a las mujeres de la patología del amor, esta vez encarnada en el hijo.

Las demandas de reproducción asistida, que posibilita la búsqueda de hijos sin padre real gracias a las nuevas tecnologías, están hoy al servicio de las mujeres, como modo inédito de obturar el aspecto siempre enigmático de la diferencia de sexos y la problemática del don, creando nuevos imaginarios en torno a la filiación que cada hijo tendrá que construir.

La "pasión de embarazo" suele aparecer en mujeres cercanas a la cuarentena que deciden exponerse a todo tipo de intervenciones, las veces que haga falta, convirtiéndose la futura maternidad en lo único deseable en su vida, desestimando así todos los logros obtenidos en otros campos.

Esta pasión es una nueva presentación de este arrebató femenino por la evolución de las nuevas tecnologías.

Aunque la niña llegue a desear fantásticamente un hijo del padre identificándose con la madre, no por ello accederá necesariamente a una posición femenina. Muchas mujeres, de hecho, pueden sentirse satisfechas de la maternidad, estén solas o con pareja, pero no con su femineidad ni su sexualidad.

Una madre es aquella que renuncia, que acepta, en fin, la castración que reencontrará necesariamente en la separación del hijo que como otro ocupará su propio lugar simbólico.

Para ello será indispensable el deseo de la madre en tanto deseo de acogida, de libidinación fundante, pero también de desprendimiento.

La vida habrá ganado así sobre el sacrificio y la madre tendrá consigo a ese hijo, final feliz siempre que el doble movimiento de investimento y desprendimiento se cumplan.

Paradójicamente, habrá que renunciar al falo para tener un hijo. Se trata del deseo de hijo sobre lo pulsional que retendría al objeto para su satisfacción aún a costa de su muerte física o psíquica. Madre que acoge y luego renuncia para que el hijo pueda constituirse como sujeto y salir de la endogamia.

UN CASO CLÍNICO. ANA QUIERE SER MADRE

Hace unos años me consulta Ana, una mujer de 35 años, abatida por un desengaño amoroso. Su pareja la deja poco antes de la boda. En los primeros meses de análisis ya se muestra una neta identificación masculina que raya el travestismo. Ana me cuenta, sin el menor atisbo de asombro, que nunca usó

bragas, le incomodan. Se siente mucho mejor con calzoncillos. Nunca se ha depilado, hace alarde del pelambre que le ha crecido desde la adolescencia. En sus relaciones sexuales va siempre acompañada de lo que llama "mi aparatito", un pequeño consolador con el que obtiene sus orgasmos. Dice que a los hombres les resulta raro, pero que terminan aceptándolo.

Luego de un tiempo de análisis puede empezar a conectar la huida del novio, que no entendía para nada, con su posición masculina en la vida...y en la cama.

Tiene aversión a una madre siempre maquillada (hasta para dormir) que presenta crisis de histeria grave desde que ella era pequeña. El horror hacia la femineidad viene de allí, y de la imago de sus dos hermanas mayores, sometidas al padre y luego a sus maridos. El padre, ese hombre que le pegaba por rebelde desde muy pequeña, intelectual de prestigio y con quien, sin saberlo, se identificó.

Ana tiene un enorme prestigio profesional que cree inconscientemente reservado sólo a los hombres.

Luego de varios años de análisis, ya sin "aparatito", habiendo cambiado los calzoncillos por las bragas, los pelos por los collares, no encuentra un hombre para tener un hijo, deseo inédito que aparece en el análisis. Ya tiene 38 años y el reloj biológico la angustia.

Decide inseminarse de un donante anónimo. Aunque escucho por aquí los restos de su neurosis, bajo la forma de no dar lugar al hombre, también escucho un deseo de maternidad desde el lado de Ana- mujer y, sin ser explícita, apoyo su intento.

El médico la insemina. Se embaraza pero aborta enseguida. Cuando está por hacer el segundo intento, aparece un hombre nuevo en su vida. Se relaciona con él de otra manera, le cuenta que está por inseminarse y él la detiene. Si quieres un hijo, tengámoslo juntos.

Ya viven juntos. Ana está tratando de embarazarse de forma "natural".

Nada de natural, por cierto, tiene este proceso sino de una lenta reconstrucción de las huellas del Otro que no le permitían posicionarse como mujer, y la salida de su histeria grave, ya que no hay, estrictamente hablando, perversión en la mujer, aunque los rasgos iniciales podían confundir el diagnóstico.

Como psicoanalista, no eludí ni rechacé las nuevas formas de la maternidad que posibilita la técnica. En este caso el encuentro con un hombre diluyó la inseminación con

un donante anónimo. De no haber sido así, Ana hubiera sido madre de otra manera pero ya consciente de los efectos de su propia implicación inconsciente en la forma de su maternidad.

MADRES Y PADRES HOMOSEXUALES

La elección de objeto por sí misma no da cuenta de ninguna estructura clínica. No basta la inversión para determinar una perversión sobre todo cuando se produce en el registro del amor. Relacionar homosexualidad con estructura perversa sin más es caer en una frecuente distorsión de ciertos textos psicoanalíticos.

Recordemos que para Freud, la virilidad psíquica más completa es compatible con la inversión sexual, esencialmente porque la elección narcisista de objeto homosexual está siempre mediatizada por la propia imagen. Así, tal como escribió Freud en su texto sobre Leonardo, el homosexual, identificado con la madre, tratará a su partenaire que lo representa como la madre lo trató a él.

El homosexual revela una elección peculiar: ninguna mujer puede intervenir como semblante de la figura materna, que se mantiene intacta en el inconsciente. Todas las mujeres quedan por tanto fuera de juego. El objetivo del perverso, en cambio, no es mantener intacta a la madre fálica sino producir el falo como tal. En esto radica la diferencia entre el homosexual neurótico y el perverso: mientras el primero mantiene como ficción la unión mítica con la madre, el segundo pliega la realidad a su sueño.

El homosexual perverso presenta todas las características señaladas para el sadomasoquismo, primando la búsqueda de goce sobre el amor. De allí la promiscuidad compulsiva con objetos sexuales intercambiables.

En cambio, el neurótico masculino que hace una elección homosexual ha resultado feminizado en relación al padre durante el tránsito edípico. Sometido al padre, no osa competir con él regalándole todas las mujeres. Si opta por el papel pasivo, adopta sin duda la posición de una mujer para su hombre, representante del padre.

Que la elección de objeto homosexual entre las mujeres, transitoria o definitiva, tan facilitada hoy, aparezca en estructuras claramente histéricas, es un hecho inequívoco de la clínica actual. Las mujeres que hacen una elección homosexual desafían al padre disputándole sus insignias, tal como la joven homosexual paciente de Freud, y deciden que se puede prescindir de él y por ende, de todos los hombres.

La mujer de la que se enamora es la representación de la femineidad, la Otra de la histeria, su doble narcisista. La pregunta por la femineidad se despliega, a diferencia

de la heterosexual, sin el rodeo por el hombre. Suelen ser elecciones amorosas más que sexuales, quieren ser amadas por la Otra de manera incondicional y no aceptan ubicarse como objeto de deseo de un hombre, problemática habitual de la histeria.

En la modalidad activa la mujer toma el lugar, a partir de la identificación inconsciente con el padre, del hombre gozador. Hace de hombre, se siente más que él, no hay idealización de la mujer como en el otro escenario, sino más bien degradación, pero aun así las prácticas sexuales no suelen ser perversas. Su rival es el macho y la identificación netamente masculina, complejo de masculinidad tal como lo teorizó Freud es llevado aquí hasta sus últimas consecuencias.

Volvamos luego de este apunte sobre la homosexualidad a la cuestión de la inscripción simbólica del tercero en el psiquismo en las nuevas coyunturas familiares.

EL NOMBRE DEL PADRE COMO OPERADOR SIMBÓLICO

El Complejo de Edipo, en tanto prescribe las relaciones de deseo y de prohibición, reordena las representaciones de la diferencia de los sexos y de las generaciones en cada nuevo hijo. Pero el Edipo constituyente no necesita a mamá, papá y a un niño sino también la circulación de la falta representada por el falo que deberá inscribirse en el psiquismo instaurando la represión.

El agente de la castración es para Lacan ya no el padre prohibidor del Edipo freudiano sino el lenguaje mismo, que produce una pérdida del goce total, real, mítico, limitado por la palabra. De las modalidades de la defensa surgirá el neurótico, el psicótico, el perverso. De la modalidad de la sexuación, la hetero u homosexualidad.

En el Seminario 17 (1960-70), Lacan pondrá el acento sobre este efecto estructural de la castración, un más allá del Edipo, con lo cual el Nombre del padre ya no se refiere de ninguna manera al padre real sino a la inscripción misma de la represión en el psiquismo.

Queda así evocada la función simbólica del padre muerto de Totem y tabú (1913) al que Lacan llama en su primera enseñanza Nombre del Padre, y más tarde reemplaza por Los nombres del Padre. Lugar desde donde se enuncia en la cultura la prohibición del incesto, que anuda el deseo con la ley.

La castración es entendida así como operador estructural en la constitución del sujeto y queda por tanto deslindada de la vertiente imaginaria del complejo de castración freudiano aunque este último incida, por supuesto, en el tránsito edípico de cada niño.

El sujeto se enfrenta en primer lugar con el falo, significante de la falta materna y no en función de su propio deseo edípico por la madre, momento posterior.

Antes de ser simbolizado como falta que afecta a la madre y relacionarlo con un tercero, el falo es concebido de entrada como una solución imaginaria para el punto oscuro que constituye el objeto del deseo materno. ¿Qué quiere?, ¿Que he de ser para responder a su deseo?, tales son las preguntas cuando el niño empieza a indagar su lugar en el deseo del Otro. Así, al situarse en la problemática del Edipo y de la castración se propone en un primer momento como respuesta al deseo de la madre, como encarnación del falo imaginario, y entonces tropieza con el obstáculo, con el no, no que significa que él no puede colmar con su ser la falta materna.

La cuestión que hoy nos interesa es cómo se realiza este pasaje en las nuevas familias actuales, donde la monoparentalidad e incluso las uniones del mismo sexo dejan fuera el rol tradicional del *pater familia* que representaba la ley.

Y aquí, en primer plano, la noción de padre simbólico.

El padre es siempre, en algún aspecto, escribe Lacan en *El mito individual del neurótico*, un padre discordante en relación con su función. En esa desviación de la función reside que el Edipo tenga, de manera paradójica su valor normativo, simbólico y al mismo tiempo patógeno.

La función simbólica está en el centro de la transmisión de la castración. Aunque las modalidades de la paternidad hayan cambiado no por ello deja de incidir uno de los operadores centrales del psicoanálisis: la función del padre simbólico, presente en Freud y revalorizado por Lacan más allá de las modalidades de presentación del padre real e imaginario.

Despejar este ordenador de estructura y diferenciarlo de la contingencia histórica de cualquier organización familiar nos permite situarlo como un universal que tendrá efectos en los diferentes momentos de la civilización.

La paternidad se transforma bajo la presión de cambios coyunturales. El padre se ha desacralizado, se coloca muchas veces en su lugar a la ciencia. Aunque la familia posmoderna ya no es la de antaño, aunque los divorcios y recomposiciones conyugales problematicen el tema de la autoridad, aunque haya ya parejas homosexuales que crían

hijos, y estas novedades tengan efectos, sigue vigente la noción psicoanalítica de padre simbólico en tanto inscripción inconsciente del tercero que posibilita la represión y el acceso al deseo.

El padre está ya descentralizado en muchas familias monoparentales o recompuestas, ofrece diversos rostros y suplencias, y aun así, asegurará, de otra manera, seguramente, la diferencia de los sexos y la diferenciación entre generaciones.

El interdicto cultural está ligado a la función simbólica y no a un padre real. Es un hecho de cultura y de lenguaje que transmite la prohibición del incesto de forma inconsciente de generación en generación sean los que sean los cambios producidos en las familias.

El deseo incestuoso del niño choca contra la ley del tercero que obstruye tanto la ruta incestuosa hacia la madre como la de la madre hacia el niño. Tanto en el varón como en la niña lo que se pone en juego es el deseo incestuoso por la madre.

El Complejo de Edipo es inconsciente, no pragmático. Los lugares del padre, de la madre y del niño no se definen por sí mismos sino en relación con la falta que circula y pretende o no obturarse. En la psicosis quedará obturado. La estructura es juego de lugares posicionales, más allá de las presencias reales.

¿Cómo se transmitirá el operador de la castración en las nuevas configuraciones familiares que hoy aparecen? Lo que sí sabemos a partir de este planteamiento es que no es condición necesaria la organización edípica tradicional: madre, padre, niño. Habrá, como psicoanalistas, que estar atentos a las nuevas versiones que seguramente se aclararán en la clínica de estos nuevos hijos habidos y criados de otra manera.

La intervención del tercero incide, para Lacan, desde el segundo tiempo del Edipo.

En el primer tiempo el niño es el falo para la madre por su deseo. Es lo que a ella le falta. En este reino del narcisismo la relación es dual e imaginaria. Momento necesario donde el niño es libidinizado como condición de existencia psíquica. La madre es por tanto una función que puede ser suplida.

En un segundo tiempo el tercero aparece como terrible, privador. Se trata del padre imaginario (versión del padre de la horda), en tanto el aparece como privador del goce anhelado y produce, por tanto, la rivalidad fálica clásica del Edipo freudiano, representado en la familia tradicional por el padre real.

En el tercer tiempo el padre tiene el falo y lo dona. Es ya instancia simbólica.

Esta instancia simbólica representa a la Ley, soporta y transmite la prohibición del incesto y por ende la represión primaria que constituye al cachorro humano como sujeto psíquico.

La instancia del padre simbólico, operador central en Psicoanálisis, es por tanto el referente transmitido de generación en generación de la prohibición del incesto. Cada padre o suplente es transmisor – sin saberlo – de esta función fundamental.

El Nombre - del - padre es un nuevo significante que al sustituir al deseo de la madre implica una pérdida de goce, y con ella, la instalación en la represión primaria. Inscripción del orden simbólico en el Inconsciente que no debe ser confundido con la presencia o ausencia del padre real. ¿Cómo se hará este tránsito en parejas homosexuales? Un hombre puede ejercer cuidados maternos, una mujer puede portar el Nombre del padre. Se trata de funciones.

De este modo, la metáfora paterna es solidaria con la prohibición del incesto, la castración simbólica y la Ley. Tiene pues un estatuto significativo y es suficiente que se haga presente en el discurso más allá de su presencia o ausencia real. La pregunta clínica que debe plantearse no es quién está presente o ausente sino si se inscribe o no el tercero en el psiquismo.

BIBLIOGRAFÍA

Derrida, J y Roudinesco, E. y *mañana qué...* Fondo de cultura económica.
Argentina. 2003.

Freud, S: Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu. 1992.

(1908): *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. Vol. IX.

(1913) *Tótem y tabú*. Vol. XIII.

(1914) *Introducción al narcisismo*. Vol. XV.

(1924): *Neurosis y psicosis*. Vol. XIX.

Lacan, J: (1957-58) Seminario XI. *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós. 1964.

----- (1953): *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*. Paidós. Buenos Aires. 2005.

----- (1953): *El mito individual del neurótico*. En *Intervenciones y Textos*. 2. Bs. As. Manantial. 1988.

----- (1960-70) Seminario XVII. *El reverso del psicoanálisis*. Paidós. 1992

Roudinesco, E: *La familia en desorden*. Fondo de cultura económica. Argentina.

Wechsler, E: *Arrebatos femeninos, obsesiones femeninas*. *Clínica psicoanalítica hoy*. Letra Viva. 2008.